

El amor en la vida cotidiana de la familia

■ Eugenio Albuquerque Frutos

«El amor es paciente, es amable, el amor no es envidioso ni fanfarrón, no es orgulloso ni destemplado, no busca su interés, no se irrita, no apunta las ofensas, no se alegra de la injusticia, se alegra de la verdad» (1ª Carta de San Pablo a los Corintios 13,4-6).



«No podremos alentar un camino de fidelidad y de entrega recíproca si no estimulamos el crecimiento, la consolidación y la profundización del amor conyugal y familiar. En efecto, la gracia del sacramento del matrimonio está destinada ante todo a perfeccionar el amor de los cónyuges... Se vive y se cultiva en medio de la vida que comparten todos los días los esposos entre sí y con sus hijos» (Amoris laetitia 89-90).

El amor pertenece a la condición humana. Es el impulso más grande del hombre; la fuerza que sostiene la raza humana, la familia, la sociedad. La exhortación apostólica *Amoris laetitia* dedica un largo capítulo al amor vivido en el matrimonio y la familia, que comparten todos los días en la vida cotidiana, los esposos entre sí y con sus hijos. Lo hace teniendo como marco referencial el himno de la caridad de san **Pablo**.

■ El amor es paciente y servicial

La paciencia es una cualidad del Dios de la Alianza, un Dios “lento a la ira”, que convoca a su imitación también dentro de la vida familiar. Tener paciencia no es permitir que nos maltraten, agredan o traten como objetos. Se trata, más bien, de no exigir que las personas sean perfectas, de no colocarse en el centro, de no querer que se cumpla solo la propia voluntad. De no ser así, todo nos impacienta y nos lleva a reaccionar con agresividad, a responder con ira; y progresivamente nos convertiremos en personas antisociales, incapaces de convivir. “El amor tiene siempre un sentido de profunda compasión que lleva a aceptar al otro, también cuando actúa de modo diferente a lo que yo desearía” (AL 92).

Pero la paciencia no es una postura pasiva, sino que está acompañada por una reacción dinámica y creativa ante los demás. El amor beneficia y promueve a los de-

más. Se expresa en el servicio humilde y sencillo. No es solo un sentimiento; es “hacer el bien”. Se debe manifestar más en las obras que en las palabras.

■ No tiene envidia, no hace alarde, no es arrogante

Contraria al amor, es la envidia. En el amor no hay lugar para sentir malestar por el bien de otro. “Mientras el amor nos hace salir de nosotros mismos, la envidia nos lleva a centrarnos en el propio yo” (AL 95). El amor nos lleva a una sentida valoración de cada ser humano, reconociendo su derecho a la felicidad. Y lleva también a alegrarse del bien del otro.

El amor no hace alarde, no se vanagloria, no se agranda, no es arrogante. Quien ama, evita hablar demasiado de sí mismo, sabe situarse en su lugar sin pretender ser el centro. También la humildad es parte del amor, “porque para poder comprender, disculpar o servir a los demás de corazón, es indispensable sanar el orgullo y cultivar la humildad” (AL 98). Amar es también volverse amable. El amor no obra con dureza. Detesta hacer sufrir a los demás. “El amor amable genera vínculos, cultiva lazos, crea nuevas redes de integración, construye una trama social firme... El que ama es capaz de decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan” (AL 100).



AP

Familia argentina recorrió América en su furgoneta para vivir el Encuentro Mundial de las Familias de Filadelfia en 2015. Puedes ver su historia en: <<https://americaenfamilia.com>>



■ No busca su propio interés, no lleva cuentas del mal

Según **Francisco**, esto significa que “hay que evitar darle prioridad al amor a sí mismo como si fuera más noble que el don de sí mismo a los demás” (AL 101). Como explicó santo **Tomás**, “pertenece más a la caridad querer amar que querer ser amado”. Por eso, quien ama, se alegra siempre del bien del otro.

Además, el amor “no lleva cuentas del mal”, intenta comprender la debilidad ajena y trata de buscarle excusas a la otra persona. Es decir, el amor dispone y se manifiesta en el perdón. Pero el perdón no es nada fácil, y la comunión familiar se conserva y perfecciona solo con un gran espíritu de sacrificio. Exige una generosa disponibilidad de todos a la comprensión, a la tolerancia, al perdón, a la reconciliación.

■ Los cuatro verbos de san Pablo

San Pablo termina el himno de la caridad con estos cuatro verbos: el amor, “todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”. Remarca así el dinamismo

contracultural del amor, capaz de hacer frente a cualquier cosa que pueda amenazarlo. Los esposos que se aman y se pertenecen, hablan bien el uno del otro, intentan mostrar el lado bueno del cónyuge; y más allá de sus debilidades y errores, confía en él. Esta confianza hace posible una relación de libertad. El amor confía, cree, deja en libertad, renuncia a controlarlo todo, a poseer, a dominar.

Muy conectado con el “todo lo cree”, con la confianza radical entre los esposos, está la esperanza. Quien ama, espera siempre “que sea posible una maduración, un sorprendente brote de belleza, que las potencialidades más ocultas de su ser germinen algún día”, e implica también “aceptar que algunas cosas no sucedan como uno desea”. Quien espera, sobrelleva con espíritu positivo las contrariedades. Pero que “el amor lo soporta todo”, no significa tolerar algunas cosas molestas, sino algo más amplio: implica una resistencia dinámica y constante, capaz de superar cualquier desafío. Es amor a pesar de todo, aun cuando todo el contexto invite a otra cosa.

■ Eugenio Albuquerque Frutos

«El amor en la vida cotidiana de la familia»

La persona por sus necesidades físicas como afectivas necesita, para crecer y madurar, de los demás. En la familia se encuentran todos los medios para que esto sea posible. Lo que da verdadero sentido a esa vida cotidiana es el amor; cada uno aprende a respetar, compartir y perdonar. Cuando falta el amor en los pequeños gestos de cada día se crea un vacío, se convive, se pueden tener cubiertas unas necesidades materiales, pero sin amor; no hay familia, es su característica principal.

Cuando formamos nuestra familia todo eran ilusiones pues parecía que todo iba a ser perfecto. Pronto empezamos a descubrir que lo más difícil era precisamente el día a día, contrariedades, trabajos, agobios, incomprensiones, cansancios, etc., pero siempre hemos intentado pararnos y reflexionar aunque a veces hemos tenido la sensación de no hacer las cosas bien.



Pero siempre intentamos, sobre todo, con nuestros hijos, transmitirles que en cada acción nuestra, aunque nos equivoquemos, nos ha movido el amor.

Es mención especial para nosotros, en nuestra vida de relación, el conocer y entrar a formar parte de un grupo de matrimonios de Hogares Don Bosco. Ello nos llevó a conocer a san **Juan Bosco**, su pedagogía, su espiritualidad que tanto nos ha ayudado y nos ayuda en el devenir de la vida diaria.

Vivir la espiritualidad de lo cotidiano es un tesoro que tenemos los que creemos en Dios y tenemos como ejemplo a Don Bosco. Es un amor proveniente del Espíritu Santo que nos ilumina y nos llena y que tenemos la obligación de transmitir a los demás. Si el amor se vive en la familia, se vive en la vida y sin darnos cuenta se transmite.

También es cierto que cualquier cosa que hacemos, si lo hacemos por amor verdadero, de forma desinteresada, lo haces sin darte cuenta y, por ello, no te interesas mucho si las personas de tu entorno perciben lo que haces en tu vida diaria. Pero la realidad es que, en ciertos momentos y sin que nos lo esperemos, alguien nos hace caer en la cuenta de que nos observan y ven perfectamente cómo vive nuestra familia, cómo actúa y cómo es nuestro entorno.

■ Irene y Cristóbal